

# Regeneración

Semanal  
Revolucionario

ESCRITO POR TRABAJADORES Y PARA LOS TRABAJADORES

No. 70. Sábado 30 de Diciembre de 1911.	<b>EN MEXICO.</b> For un año...\$5.00 moneda mexicana Por 6 meses...\$2.50 moneda mexicana	<b>EDITOR: Anselmo L. Figueroa.</b> 914 Boston St., Los Angeles, Cal. Teléfono: Home A 1300. Entered as Second-Class matter Sept. 12, 1910, at Los Angeles, Cal.	<b>EN LOS ESTADOS UNIDOS:</b> For un año...\$2.00 oro Por seis meses...\$1.10 oro Por tres meses...\$0.60 oro	Precio del Ejemplar: 5 CTS. ORO. 10 Cts., Moneda Mexicana.
--	--	---	--	--

## P R A X E D I S G. G U E R R E R O



P R A X E D I S G. G U E R R E R O.

Hace un año que dejó de existir en Janos, Estado de Chihuahua, el joven anarquista Praxedis G. Guerrero, Secretario de la Junta Organizadora del Partido Liberal Mexicano.

La jornada de Janos tiene las proporciones de la epopeya. Treinta libertarios hicieron morir el polvo de una vergonzosa, derrotada y carente de espíritus de la dictadura porfirista. Pero en ella, perdió la vida el más sincero, el más abnegado, el más inteligente de los miembros del Partido Liberal Mexicano.

La lucha se desarrolló en las sombras de la noche. Nuestros treinta hermanos, llevando la Bandera Roja, que es la insignia de los desheredados de la tierra, se echaron con valor sobre la población fuertemente guarnecida por los sicarios del Capital y de la Autoridad, resueltos a tomarlo o a perder la vida. A los primeros disparos del enemigo, Praxedis cayó mortalmente herido para no levantarse jamás. Una bala había penetrado por el ojo derecho del mártir destruyendo la masa cerebral, aquella masa que había despedido luz, luz intensa que había hecho visible a los humildes el camino de su emancipación. Y debe haber sido la mano de un desheredado, de uno de aquellos a quienes él quería redimir, la que dirigió el proyectil que arrancó la vida al libertador!

Toda la noche duró el combate. El enemigo, convencido de su superioridad numérica, no quería rendirse, esperando en que tendría forzosamente que aplastar a aquel puñado de audaces. Los disparos se hacían a cuerpo en las calles de la población. El enemigo atacaba fieramente, como que contaba con una victoria segura; los nuestros repelían la agresión con valentía, como que sabían que, inferiores en número, tenían que hacer prodigios de arrojo y de audacia.

El combate duró toda la noche del 30 de Diciembre, hasta que, al acercarse el alba, el enemigo huyó desprovisto rumbo a Casas Grandes, dejando el campo en poder de nuestros hermanos y un reguero de cadáveres en las calles de Janos. El sol del 31 de Diciembre alumbró el lugar de la tragedia, donde yacían dos de los nuestros: Praxedis y Chacon.

Praxedis fue, sencillamente, un hombre; pero hombre en la verdadera acepción de la palabra; no el hombre-masa atávico, egoísta, calculador, malvado, sino el hombre despojado de toda clase de prejuicios, el hombre de abierta inteligencia que se lanzó a la lucha sin amor a la gloria, sin amor al dinero, sin sentimentalismos. Fue a la Revolución como un convencido. "Yo no tengo entusiasmos," me decía, "lo que tengo es convicción."

Cualquiera se imaginaria a Praxedis como un hombre nervioso, exaltado, movido bajo el sol de la neurastenia. Pues, no; Praxedis era un hombre tranquilo, modestísimo tanto en teoría como en la práctica.

ria y en el desamparo.

Praxedis fue muy bien conocido por los trabajadores mexicanos que residen en los Estados del sur de esta nación, y la noticia de su muerte causó gran consternación en los humildes hogares de nuestros hermanos de infortunio y de miseria. Cada uno tenía un recuerdo del mártir. Las mujeres se acordaban de cómo el apóstol de las ideas modernas blandía el hacha para ayudarlas a partir la leña con que cocer los pobres alimentos, después de haber permanecido encerrado todo el día en el fondo de la mina, o de haber sufrido por doce horas los rayos del sol trabajando en el camino de hierro, o de haberse deslomado derribando árboles en las márgenes del Misisipi. Y las familias, congregadas en la noche, oían la amable y sabia plática de este hombre singular que nunca andaba solo; en su modesta mochila cargaba libros, folletos y periódicos revolucionarios que leía a los humildes. De todo esto se acordaban los trabajadores y sus familias cuando se supo que Praxedis G. Guerrero había muerto. Ya no se hospedaría más en aquellos honestos hogares el amigo, el hermano y el maestro.

Y qué habrá ganado el hijo del pueblo, que por sostener el sistema capitalista tronchó la fecunda vida del mártir?

Los soldados que militan en las filas del gobierno: cada vez que nuestro rifle mata a un revolucionario,

echáis otro eslabón a vuestra cadena! Volved a la razón, soldados de la Autoridad: sois pobres, vuestras familias son pobres, ¿por qué matáis a los que todo lo sacrifican por ver a toda criatura humana libre y contenta?

Volved, soldados, las bocas de vuestros fusiles contra vuestros jefes y pasados a las filas de los rebeldes de la Bandera Roja que luchan al grito de "Tierra y Libertad! No matéis más a los mejores de vuestros hermanos.

Y vosotros, trabajadores, pensad en la ejemplar vida de Praxedis G. Guerrero. Ved su retrato: es una balsa de peón la que tiene encima, y la actitud en que está, es la misma en que se le veía cuando al frente tenía unas hojas de papel en que vaciara generosamente sus exquisitos pensamientos.

Praxedis G. Guerrero fue el primer anarquista mexicano que regó con su sangre el virgen suelo de México, y el grito de "Tierra y Libertad! que lanzó en el oscuro pueblo del Estado de Chihuahua, es ahora el grito que se escucha de uno a otro confín de la hermosa tierra de los aztecas.

Hermano: tu sacrificio no fue estéril. Al caer al suelo las gotas de tu sangre, surgieron de ella héroes mil que seguirán tu obra hasta su fin: la libertad económica, política y social del pueblo mexicano.

RICARDO FLORES MAGON.

maldecida por la gazoñería misma que la obligó a llevar al mercado social los effimeros encantos de su cuerpo. Esa mujer trabaja, horrible trabajo el suyo, siempre trabaja, trabaja. ¿Para qué trabaja? Para adquirir suelas enfermedades; pagar al estado moralizador el impuesto del vicio y expliar en el asco y la inmundicia crímenes ajenos.

En lujoso escritorio el rey de la industria, el señor del capital, calcula; las cifras nacen de su cerebro y nuevas combinaciones van allí, lejos de la opolenta morada, a disminuir el calor del hogar y los mendrugos de los proletarios; trabaja, trabaja, también él trabaja. ¿Para qué trabaja? Para amontonar superfluidades en sus palacios y recrudecer miserias en las casuchas, para quitar al que fabrica sus riquezas el pan y del abrigo que producen sus manos; para impedir que los despojados tengan algún día asegurado el derecho a vivir que la naturaleza concedió a todos; para hacer que una gran parte de la humanidad permanezca como rebaño que se esquilda sin protesta y sin peligro.

Afanoso busca el juez en los volúmenes que llenan los armarios de su gabinete; consulta libros, anota capítulos, revuelve expedientes, hoja procesos; hurga en las declaraciones de los presuntos delincuentes; violenta la inventiva criminalológica de su cerebro; trabaja, trabaja. ¿Para qué trabaja? Para disculpar con el pretexto legal los errores sociales; para matar con el derecho escrito el derecho natural; para hacer respetados y temidos los caprichos de los despotas, para presentar siempre a los ojos de los hombres la espantable cabeza de Medusa en el estrado de la justicia.

Escuchando pasa el esbirro junto a las puertas; sus ojos inquierer por las rendijas, estudian los semblantes tratando de adivinar el rasgo característico de la rebeldía; sus oídos se alargan tratando de percibir todos los ruidos inquietantes para el despotismo; se distraza, pero no se oculta, el esbirro tiene un olor propio que lo denuncia; tan pronto es un gusano como es una serpiente; se agita; se retuerce, se escurre por entre la multitud queriendo leer los pensamientos; se pega a las paredes como si quisiera chupar los secretos que guardan; golpea, mata, encadena; trabaja, trabaja. ¿Para qué trabaja? Para que los opresores tengan tranquilidad en sus palacios, erigidos sobre miserias y esclavitudes; para que la humanidad no piense, no se enderece, ni marche a la emancipación.

Señalando el cielo con un dedo simoníaco y deletreado páginas de absurdos libros, corre el sacerdote a caza de la ignorancia; predica la caridad y se enriquece en el despojo; habla mentira en nombre de la verdad; reza y engaña; trabaja, trabaja. ¿Para qué trabaja? Para embrutecer a los pueblos y dividirse con los despotas la propiedad de la tierra.

Y, oscuro y pensativo, el revolucionario medita; se inclina sobre un papel cualquiera y escribe frases fuertes que hieren, que sacuden, que vagan, y enciende con la llama de su verbo las conciencias apagadas, siembra rebeldías y descontentos; forja armas de libertad con el hierro de las cadenas que despedaza; inquieto, atraviesa las multitudes llevándose la idea y la esperanza; trabaja, trabaja. ¿Para qué trabaja? Para que el labrador disfrute del producto de sus cuidados y el minero sin sacrificar la vida tenga pan abundante; para que la humilde costurera cosa vestidos para ella y goce también de las dulzuras de la vida; para que el amor sea el sentimiento que enobleciendo y perpetuando a la especie una a dos seres libres; para que ni el rey de la industria, ni el juez, ni el esbirro pasen la existencia trabajando para el mal de los hombres; para que el sacerdote y la prostituta

desaparezcan; para que la tiranía el despotismo y la ignorancia mueran; para que la justicia y la libertad igualando racionalmente a los seres humanos los haga solidarios constructores del bienestar común; para que cada quien tenga sin descender al fango asegurado el derecho a la vida.

P R A X E D I S G. G U E R R E R O.

mis fastidios. Solo estoy por fin; la ciudad y sus ruidos quedáronse muy lejos; libro soy he ellos; respiraré otro ambiente; el murmullo de la naturaleza será la dulce canción que escuchará mi oído.

De pie sobre el alto cantil sonrío el vagabundo.

Llegó ligera brisa; y a los pulmones del vagabundo penetró algo refrescante; oyó que en las madejas de su cabellera bronca gemía una voz extraña.

—¿De dónde vienes tú, brisa ligera, que cantas ansiedades y tristezas lloras?

—Vengo de largo peregrinaje. Pasé por las cabañas de los peones y vi como nacen y crecen esos esclavos; con mis dedos sutiles toqué las carnes sin abrigo de los pequeños, los senos lacios y enjutos de las madres feas y bestializadas por las miserias y los maltratos; toqué las facciones del hambre y de la ignorancia; pasé por los palacios y recogí el gruñido de las envidias, el reguero de las harturas, el sonido de las monedas contadas febrilmente por los avaros, el eco de las órdenes liberticidas; palpé con mi mano invisible tapices, mármoles, dorados, joyas con que se adorna para valer algo los que nada valen. Pasé por las fábricas, por los talleres, por los campos y me impregné de la insalubridad de muchos sudores sin recompensas; permitieronme apenas acomodarme a las minas y recogí el aliento cansado de miles de hombres. Atravesé las naves de los santuarios y hallé al crimen y a la pereza moralizando; tomé de allí acres olores de vil incienso. Escurrieme en las cárceles y acaricié a la infancia prostituida por la justicia, al pensamiento encadenado en las bartolinas y vi cómo miriadas de insectos chicos comen la carne de insectos grandes. Forcé cuarteles y vi en sus cuadras humillaciones, brutalidades, vicios hediondos, una academia de asesinato. Entré a las aulas de los colegios y vi a la ciencia en amistades con los errores y los prejuicios; a seres jóvenes, inteligentes, en pugna recio para adquirir certificados de explotadores, y vi en los libros el derecho infuso que da derecho para violar todo derecho. Pasé por valles, por serranías; silbó en la lira de los tiranos, que la han formado las cuerdas tiesas de los ahorcados en los ramajes de las florestas. Traigo dolores, traigo amarguras, por eso gimo; traigo resignaciones, vengo del mundo, por eso asfixio.

—Vete, ligera brisa; quiero estar solo.

Fuese la brisa, pero en la cabellera bronca del vagabundo quedó apresada la angustia humana.

En rachas fuertes llegó otro viento, intenso y formidable.

—¿Quién eres tú? ¿de dónde vienes?

—Vengo de todos los rincones del mundo; traigo el porvenir justiciero; soy el aliento de la Revolución.

—Sopla huracán; peina mi cabellera con tus dedos terribles. Sopla vendaval, sopla sobre mi cantil abrupto, sobre los valles, en los abismos, gira en torno de las montañas; derriba esos cuarteles y esos santuarios; destruye esos presidios; sacude esa resignación; disuelve esas nubes de incienso; quiebra las ramas de esos árboles en que han hecho sus lirras los opresores; despierta a esa ignorancia; arranca esos dorados que representan mil infortunios. Sopla huracán, remolín, aquilón, sopla; levanta las arenas pasivas que hollan los pies de los camellos y los vientres de las vboras y haz con ellas proyectiles ardientes. Sopla, sopla, para que cuando la brisa vuelva no deje apriilonada en mi cabellera la horrible angustia de la humanidad esclava.

P R A X E D I S G. G U E R R E R O.

¡Tierra! fué el grito que salvó a Colón. ¡Tierra! es el grito que salvará a los esclavos del Capital. —Praxedis G. Guerrero.

Enemigo de tantas vanidades, vestía muy pobremente. No debía vino como muchos farsantes por alardear de temperante: "no lo necesito," decía cuando se le ofrecía una copa, y, en efecto, su temperamento tranquilo no necesitaba del alcohol.

Praxedis fué heredero de una rica fortuna que despreció: "no tengo co-razón para explotar a mis semejantes," dijo, y se puso a trabajar como con codo con sus propios peones, sufriendo sus fatigas, participando de sus dolores, compartiendo sus miserias. Era niño entonces; pero no se arredró ante el porvenir tan duro que se le esperaba, como esclavo del salario. Trabajó varios años en México, ya de peón en las haciendas, o de caballero en las casas ricas de las ciudades, o de carpintero donde se le daba ese trabajo, o de mecánico en los talleres de los ferrocarriles. Por fin vino a los Estados Unidos, ávido de aprender y de ver esta civilización de la que tanto se habla en los países extranjeros, y, como todo hombre inteligente, quedó decepcionado de la pretendida grandeza de este país del dólar, de la insignificancia intelectual y del patriotismo más estúpido.

Aquí, en este país de los "libres," en este hogar de los "bravos," sufrió todos los atentados, todos los salvajismos, todas las humillaciones a que está sujeto el trabajador mexicano por parte de los patrones y de los americanos que, en general, se creen superiores a nosotros los mexicanos porque somos indios y meztizos de sangre española e india. En Louisiana, un patrón a quien le había trabajado algunas semanas, iba a matarlo por el "delito" de pedirle el pago de su trabajo.

Praxedis trabajó en los cortes de madera de Texas, en las minas de carbón, en las secciones de Ferrocarril, en los muelles de los puertos. Verdadero proletario libertario, tenía aptitud especial para ejecutar toda clase de trabajos manuales. Así fué como se templó ese grande corazón: en el infortunio. Nació en rica cuna y pudo haber muerto en rico lecho; pero no era de esos hombres que pueden llevarse tranquilamente a la boca un pedazo de pan, cuando su vecino está en ayunas.

Praxedis fué, pues, un proletario, y por sus ideales y sus hechos, un anarquista. Por dondequiera que anduviera, predicó el respeto y el apoyo mutuo como base la más fuerte en que debe descansar la estructura social del porvenir. Habló a los trabajadores del derecho que asiste a toda criatura humana de vivir, y vivir significa tener casa y alimentación aseguradas y gozar, además, de todas las ventajas que ofrece la civilización moderna, ya que esta civilización no es otra cosa que el conjunto de los esfuerzos de miles de generaciones de trabajadores, de sabios, de artistas, de poetas, de filósofos, de científicos, de hombres de bien, que, por lo tanto, nadie tiene derecho de apropiarse para sí solo esas ventajas, dejando a los demás en la miseria y en el desamparo.

Y vosotros, trabajadores, pensad en la ejemplar vida de Praxedis G. Guerrero. Ved su retrato: es una balsa de peón la que tiene encima, y la actitud en que está, es la misma en que se le veía cuando al frente tenía unas hojas de papel en que vaciara generosamente sus exquisitos pensamientos.

Praxedis G. Guerrero fué el primer anarquista mexicano que regó con su sangre el virgen suelo de México, y el grito de "Tierra y Libertad! que lanzó en el oscuro pueblo del Estado de Chihuahua, es ahora el grito que se escucha de uno a otro confín de la hermosa tierra de los aztecas.

Hermano: tu sacrificio no fué estéril. Al caer al suelo las gotas de tu sangre, surgieron de ella héroes mil que seguirán tu obra hasta su fin: la libertad económica, política y social del pueblo mexicano.

RICARDO FLORES MAGON.

maldecida por la gazoñería misma que la obligó a llevar al mercado social los effimeros encantos de su cuerpo. Esa mujer trabaja, horrible trabajo el suyo, siempre trabaja, trabaja. ¿Para qué trabaja? Para adquirir suelas enfermedades; pagar al estado moralizador el impuesto del vicio y expliar en el asco y la inmundicia crímenes ajenos.

En lujoso escritorio el rey de la industria, el señor del capital, calcula; las cifras nacen de su cerebro y nuevas combinaciones van allí, lejos de la opolenta morada, a disminuir el calor del hogar y los mendrugos de los proletarios; trabaja, trabaja, también él trabaja. ¿Para qué trabaja? Para amontonar superfluidades en sus palacios y recrudecer miserias en las casuchas, para quitar al que fabrica sus riquezas el pan y del abrigo que producen sus manos; para impedir que los despojados tengan algún día asegurado el derecho a vivir que la naturaleza concedió a todos; para hacer que una gran parte de la humanidad permanezca como rebaño que se esquilda sin protesta y sin peligro.

Afanoso busca el juez en los volúmenes que llenan los armarios de su gabinete; consulta libros, anota capítulos, revuelve expedientes, hoja procesos; hurga en las declaraciones de los presuntos delincuentes; violenta la inventiva criminalológica de su cerebro; trabaja, trabaja. ¿Para qué trabaja? Para disculpar con el pretexto legal los errores sociales; para matar con el derecho escrito el derecho natural; para hacer respetados y temidos los caprichos de los despotas, para presentar siempre a los ojos de los hombres la espantable cabeza de Medusa en el estrado de la justicia.

Escuchando pasa el esbirro junto a las puertas; sus ojos inquierer por las rendijas, estudian los semblantes tratando de adivinar el rasgo característico de la rebeldía; sus oídos se alargan tratando de percibir todos los ruidos inquietantes para el despotismo; se distraza, pero no se oculta, el esbirro tiene un olor propio que lo denuncia; tan pronto es un gusano como es una serpiente; se agita; se retuerce, se escurre por entre la multitud queriendo leer los pensamientos; se pega a las paredes como si quisiera chupar los secretos que guardan; golpea, mata, encadena; trabaja, trabaja. ¿Para qué trabaja? Para que los opresores tengan tranquilidad en sus palacios, erigidos sobre miserias y esclavitudes; para que la humanidad no piense, no se enderece, ni marche a la emancipación.

Señalando el cielo con un dedo simoníaco y deletreado páginas de absurdos libros, corre el sacerdote a caza de la ignorancia; predica la caridad y se enriquece en el despojo; habla mentira en nombre de la verdad; reza y engaña; trabaja, trabaja. ¿Para qué trabaja? Para embrutecer a los pueblos y dividirse con los despotas la propiedad de la tierra.

Y, oscuro y pensativo, el revolucionario medita; se inclina sobre un papel cualquiera y escribe frases fuertes que hieren, que sacuden, que vagan, y enciende con la llama de su verbo las conciencias apagadas, siembra rebeldías y descontentos; forja armas de libertad con el hierro de las cadenas que despedaza; inquieto, atraviesa las multitudes llevándose la idea y la esperanza; trabaja, trabaja. ¿Para qué trabaja? Para que el labrador disfrute del producto de sus cuidados y el minero sin sacrificar la vida tenga pan abundante; para que la humilde costurera cosa vestidos para ella y goce también de las dulzuras de la vida; para que el amor sea el sentimiento que enobleciendo y perpetuando a la especie una a dos seres libres; para que ni el rey de la industria, ni el juez, ni el esbirro pasen la existencia trabajando para el mal de los hombres; para que el sacerdote y la prostituta

desaparezcan; para que la tiranía el despotismo y la ignorancia mueran; para que la justicia y la libertad igualando racionalmente a los seres humanos los haga solidarios constructores del bienestar común; para que cada quien tenga sin descender al fango asegurado el derecho a la vida.

P R A X E D I S G. G U E R R E R O.

mis fastidios. Solo estoy por fin; la ciudad y sus ruidos quedáronse muy lejos; libro soy he ellos; respiraré otro ambiente; el murmullo de la naturaleza será la dulce canción que escuchará mi oído.

De pie sobre el alto cantil sonrío el vagabundo.

Llegó ligera brisa; y a los pulmones del vagabundo penetró algo refrescante; oyó que en las madejas de su cabellera bronca gemía una voz extraña.

—¿De dónde vienes tú, brisa ligera, que cantas ansiedades y tristezas lloras?

—Vengo de largo peregrinaje. Pasé por las cabañas de los peones y vi como nacen y crecen esos esclavos; con mis dedos sutiles toqué las carnes sin abrigo de los pequeños, los senos lacios y enjutos de las madres feas y bestializadas por las miserias y los maltratos; toqué las facciones del hambre y de la ignorancia; pasé por los palacios y recogí el gruñido de las envidias, el reguero de las harturas, el sonido de las monedas contadas febrilmente por los avaros, el eco de las órdenes liberticidas; palpé con mi mano invisible tapices, mármoles, dorados, joyas con que se adorna para valer algo los que nada valen. Pasé por las fábricas, por los talleres, por los campos y me impregné de la insalubridad de muchos sudores sin recompensas; permitieronme apenas acomodarme a las minas y recogí el aliento cansado de miles de hombres. Atravesé las naves de los santuarios y hallé al crimen y a la pereza moralizando; tomé de allí acres olores de vil incienso. Escurrieme en las cárceles y acaricié a la infancia prostituida por la justicia, al pensamiento encadenado en las bartolinas y vi cómo miriadas de insectos chicos comen la carne de insectos grandes. Forcé cuarteles y vi en sus cuadras humillaciones, brutalidades, vicios hediondos, una academia de asesinato. Entré a las aulas de los colegios y vi a la ciencia en amistades con los errores y los prejuicios; a seres jóvenes, inteligentes, en pugna recio para adquirir certificados de explotadores, y vi en los libros el derecho infuso que da derecho para violar todo derecho. Pasé por valles, por serranías; silbó en la lira de los tiranos, que la han formado las cuerdas tiesas de los ahorcados en los ramajes de las florestas. Traigo dolores, traigo amarguras, por eso gimo; traigo resignaciones, vengo del mundo, por eso asfixio.

—Vete, ligera brisa; quiero estar solo.

Fuese la brisa, pero en la cabellera bronca del vagabundo quedó apresada la angustia humana.

En rachas fuertes llegó otro viento, intenso y formidable.

—¿Quién eres tú? ¿de dónde vienes?

—Vengo de todos los rincones del mundo; traigo el porvenir justiciero; soy el aliento de la Revolución.

—Sopla huracán; peina mi cabellera con tus dedos terribles. Sopla vendaval, sopla sobre mi cantil abrupto, sobre los valles, en los abismos, gira en torno de las montañas; derriba esos cuarteles y esos santuarios; destruye esos presidios; sacude esa resignación; disuelve esas nubes de incienso; quiebra las ramas de esos árboles en que han hecho sus lirras los opresores; despierta a esa ignorancia; arranca esos dorados que representan mil infortunios. Sopla huracán, remolín, aquilón, sopla; levanta las arenas pasivas que hollan los pies de los camellos y los vientres de las vboras y haz con ellas proyectiles ardientes. Sopla, sopla, para que cuando la brisa vuelva no deje apriilonada en mi cabellera la horrible angustia de la humanidad esclava.

P R A X E D I S G. G U E R R E R O.

¡Tierra! fué el grito que salvó a Colón. ¡Tierra! es el grito que salvará a los esclavos del Capital. —Praxedis G. Guerrero.

Obscuridades

La sombra es sudario para la impostura, la vanidad y los oropeles; por eso hay tantos que la odian.

La sombra mata la inútil belleza de las piedras preciosas que cautivan las mentes primitivas.

En las sombras nacen las tempestades y las revoluciones que destruyen pero también fecundan.

El Carbón, piedra oscura que tiene las manos que tocan, es fuerza, es luz, es movimiento cuando rugen en el fogón de la caldera.

La rebeldía del proletario obscuro es progreso, libertad y ciencia cuando vibra en sus puños y trepida en su cerebro.

En el fondo de las tinieblas toman forma los seres y empiezan las palpitaciones de la vida.

En el vientre del surco la simiente germina.

La obscuridad de la nube es la fertilidad de los campos; la obscuridad del rebeldes es la libertad de los pueblos.

P R A X E D I S G. G U E R R E R O.

Per G'Italiana

Il nostro Camifita, partito da Los Angeles il giorno 11 di Dicembre per l'annunziato giro di agitazione attraverso gli Stati Uniti, ha già percorso con ottimi risultati gli Stati del Texas e dell'Oklahoma. Attualmente trovasi nel Kansas, passerá pel Missouri e si troverá in Spring Valley, Ill. verso il 10 Gennaio.

I compagni dell'Ohio, della Pennsylvania e del West Virginia che desiderano averlo per la diffusione della propaganda nostra anarchica rivoluzionaria, sono pregati di affrettarsi a farne richiesta indirizzandosi al compagno Joe Corna, Spring Valley, Illinois.

Trabajando

Sobre el barbecho que reverbera por los rayos del sol, tostado el cutis por la inclemencia de la intemperie, con los pies y las manos agrietadas el labrador trabaja; va y viene sobre el surco; el alba le halla en pie y cuando la noche llega todavía empuña la herramienta y trabaja, trabaja. ¿Para qué trabaja? Para llenar graneros que no son suyos; para amontonar subsistencias que se pudren en espera de una carestía mientras el labrador y su familia apenas comen; para adquirir deudas que lo atan a los pies del amo, deudas que pesarán sobre las generaciones de sus descendientes; para poder vegetar unos cuantos años y producir siervos que labren cuando él muera los campos que consumieron su vida y dar a la bestialidad de sus explotadores algunos juguetes femeninos.

Sudoroso y jadeante en el húmedo fondo de la mina se debate contra la roca un hombre que vive acariciado por la muerte, a la cual se parece en la palidez del rostro; martillea y dinamita; trabaja con las reumas filtrándose a través de sus rejosos y la tisis bordando sus mortales arabescos en las blanduras de sus pulmones en focos. Trabaja, trabaja. ¿Para qué trabaja? Para que algunos entes

vanidosos se doren los trajes y las habitaciones; para llenar cajas de sordidos avaros, para cambiar la piel por unos cuantos discos metálicos, fabricados con las piedras que él ha hecho salir a la superficie a toneladas, para morir joven y abandonar a la miseria a los hijos queridos.

En destartada casucha, sentada en humilde silla una mujer cose; ha comido mal pero cose sin descanso; cuando otros salen de paso ella cose, cuando otros duermen ella cose; luce el día y a la luz de una lampara sigue cosiendo, y poco a poco su pecho se hunde y sus ojos necesitan más y más la proximidad de la pobre lámpara que los robe su brillo y la tos viene a hacerse la compañera de sus veladas. Sedas, hermosas y finas telas, pasan bajo su aguja; trabaja, trabaja. ¿Para qué trabaja? Para que ociosas mujeres, damas aristocráticas, concurren al torneo de la ostentación, y la envida; para surtir lujosos guardarrapas donde se picarán los trajes en tanto que ella viste de harapos su vejez prematura.

Envuelta en llamativos adornos, cargada de acres perfumes, teñido el rostro marchitado y fluyendo acentos carifosos la prostituta saccha el paso de los hombres frente a su puerta

ESCUCHAD

¿Oís? Es el viento que mece las tronadas de misteriosa selva! el soplo del porvenir que despierta a la quieta y somnolienta maleza; es el primer suspiro de la virgen foresta al recibir en su frente cabizbaja, el beso del impetuoso Eolo.

¿Oís? Es el viento que desgarrar unumto invisible, en las sinuosidades de la montaña dormida, el viento de la idea que quiebra sus ráfagas, en los ramajes del pueblo, inmensos bosque de almas; es la racha iniciadora que sacude a los robles, la descubierta del huracán, que barre en la hondonada y en la cumbre, la niebla confusa de la estéril resignación.

Hálito tibio y fecundo, atraviesa la selva; cada hoja que toca es una voz que nace, cada rama que mueve es un brazo que arma; voz que se une al concierto heroico que saluda al mañana redentor, brazo que se extiende buscando el pecho de un tirano.

Es el aliento de la revolución.

¿Sentís? Es la trepidación del granito que se agrieta, batido por los férreos puños de Plutón; es el corazón del mundo que palpita bajo el enorme torax; es el espíritu igneo del gigante que rompe su cárcel para lanzar al espacio su verbo de llamas.

Es el temblor que anuncia la aurora de un cráter.

¿Sentís? Son las vibraciones de divinos martillos que golpean en el fondo del abismo. Es la vida que brota del negro vórtice, haciendo estremecer el asilo de la muerte donde reinan tétricos vampiros.

Es el empuje de la revolución que avanza.

P R A X E D I S G. G U E R R E R O.

La justicia no se compra ni se pide de limosna; si no existe, se hace. —Praxedis G. Guerrero.

SOPLA

—Las mansas multitudes hacían un ruido como de rebaño en el esquiladero; rodeábanme la brutalidad, la infamia, la adulación, la mentira, la vanidad; cansáronse mis nervios; uf de la ciudad porque sentíame prisionero en ella y vino hasta esta roca solitaria que será el mausoleo de